

LA POESÍA DE GUSTAVE THIBON

POR

JOSÉ M.^º CASTÁN VÁZQUEZ

La muerte reciente del filósofo francés Gustave Thibon, tan conocido en algunos ámbitos culturales de España, ha venido a reavivar el afecto hacia su figura y la atención hacia su pensamiento. Dos buenas muestras de ello han sido las notas que en su memoria han publicado Rafael Gamba y Miguel Ayuso en el número anterior de *Verbo*. No es difícil augurar que la obra de Thibon permanecerá viva a lo largo del nuevo siglo. Pero esa obra, extensa y profunda, tiene distintas facetas. Una de ellas, acaso la menos conocida en España, es la poesía, porque Thibon fue también un poeta de notable calidad. La presente nota aspira solamente a dar noticia de esa vertiente del gran pensador católico.

Una parte esencial de la poesía de Thibon se contiene en su libro *Poèmes*, que con prefacio de Marcel de Corte fue publicado en París y Bruselas el año 1940, dentro de la colección *Cahiers des poètes catholiques*. No era ya desconocido como poeta el autor —había obtenido en Francia el Premio a los Poetas Católicos—, pero este libro supuso sin duda una llamada de atención al mundo literario, además de un nuevo testimonio en la línea mantenida por Thibon durante toda su vida. Es decir, durante todo el siglo xx. Un siglo que él, nacido en 1903 y fallecido en 2001, ha vivido íntegramente. Tras la aparición de aquel libro editaría otro, en 1946, con el título de *Offrande du soir*, que ofrece una antología de su poesía.

En el libro *Poèmes* se integran diecisiete extensos poemas, algunos de hasta diez partes, contruidos en verso libre y dirigi-

dos en su totalidad hacia Dios. La poesía de Thibon es religiosa e intimista, apoyada en la Teología y en el Evangelio, fruto de una fe viva y reveladora de una experiencia mística, que no deja de recordar la de San Juan de la Cruz, ya que si sus versos libres no alcanzan la belleza de las estrofas del español, no dejan de brillar por su espiritualidad y su sinceridad. Como en su prefacio pone de relieve Marcel de Corte, nos hallamos "en presencia de un canto puro que realiza la condición esencial de la poesía". Los versos de Thibon tienen acaso el peligro, advertido por el prologuista, de no ser entendidos, pero esto, según el propio De Corte, "es un riesgo eterno de la poesía auténticamente inspirada". Transcribamos algunos fragmentos de los poemas de Thibon que pueden construir una breve muestra del conjunto (1).

Ya en el primero de los poemas, *Cantus animae divisae*, se advierte que el canto de Thibon es una mirada al Cielo, levantada por el poeta con esfuerzo y esperanza:

"No puedo mirar al Cielo más que levantando la cabeza.
Mi nuca carnal se cansa de este esfuerzo.
Dios del Cielo, hacia quien brincan mis deseos intermitentes,
¿cómo podría reposar en tu altura cenital?"

El poeta se dirige a Dios con fe absoluta —contra sí mismo— desde el poema *Major corde nostro*, en una llamada ardiente y entrañable:

"Creo en tí, Señor, contra mí mismo,
oye mi clamor total y último".

Llamada que repite casi angustiosamente en el poema *Chants pour l'Absenté*:

"¡Vuelve! Lejos de tí, ya nada me resta.
No estoy ni siquiera solo: mi vida no es más que la
sangrante mitad de nuestra soledad.

(1) El texto que se transcribe es en versión castellana del autor de este artículo.

¡Vuelve! Todas las formas del mundo me rodean como sombras
 suplicantes que te esperan para revivir.
 Las hojas que la brisa agita no murmuran más que para
 llamarte
 ¡Vuelve! El sol tiene frío sin tus ojos”.

A Dios le ofrece el poeta desde el citado *Cantus animae divi-
 sae* una entrega total, pero, consciente de su debilidad humana,
 le ruega que no le deje escoger:

“Tú lo quieres todo de mí...
 ¡Pues bien! Tómalo todo, pues no sé darte nada.
 Ahora te reconozco. Lo que puedes tomar, quieres que yo te
 lo dé.
 Me has escogido en la eternidad.
 Quieres que yo te escoja hoy (...).
 Me parece que consentiré siempre. Toma mi sangre.
 No tengo fuerzas para derramarla, pero la dejaré fluir sin
 blasfemia.
 ¡No me dejas escoger!
 Te quiero y te rechazo. Mi libertad se estremece, y se irrita,
 y se amarga en mí como una úlcera.
 ¡Barre, si es preciso, este privilegio de mi pecho,
 ahoga todas mis posibilidades de rechazo!
 Trátame como a la piedra inerte o a la bestia oscura
 ¡con tal que sea tuyo!
 ¡No me dejes escoger!
 Bien sabes que me inclinaría del lado del vacío,
 que optaría por el veneno de dispersión y de noche,
 por la alegría inmediata, caduca, polvorienta y amurallada.
 ¡No me dejes escoger!”.

En su buscada unión con Dios, el poeta le expresa su amor
 desde el poema *Dulciori felicitate* con paradojas de gran belleza
 poética:

“Tú: mi recompensa y mi castigo, mi alegría desgarrada
 y mi suprema amargura, mi oasis y mi desierto
 el bálsamo de todas mis heridas y mi herida inmortal”.

En su reflexión sobre el misterio del amor de Dios a los hombres, Thibon repara en el hecho de que Jesucristo ha vertido lágrimas *humanas* y derramado sangre *humana*, lo que en el poema *On te prouve, on te démontre* le lleva a exclamar:

“¡Dios ha llorado sobre tí lágrimas humanas,
Dios ha derramado por tí sangre humana ...!”

De ahí la reponsabilidad del hombre, apuntada en el poema *Deus omnium*:

“Si yo me desvío, si te abandono,
habrá fluido en vano hasta mí tu eternidad”.

El poeta no ignora el fango que conlleva la condición humana, pero el verlo no destruye en él la esperanza. Sus versos reflejan el entusiasmo por esa virtud teológica, un entusiasmo que Thibon lo expresó también, en prosa, en un libro español posterior, *El silencio de Dios*, de Rafael Gamba, en cuyo prólogo afirma: “El cristiano, a imitación del apóstol San Pablo, está obligado a esperar contra toda esperanza (*contra spem in spe*), porque Cristo ha vencido al mundo y esta victoria abarca la totalidad del tiempo y del espacio” (2). También en esa línea estaban, antes de Thibon, escritores como Péguy, que consideraba la esperanza como “la fe que Dios más ama” (3) y como Pieper, que en la primera edición, aparecida en 1935, de su libro *Sobre la esperanza* había advertido, sobre bases tomistas, que “la única respuesta que corresponde a la situación real de la existencia humana es la esperanza” (4). En el libro de Thibon, uno de los poemas, *Deus Omnium*, refleja ciertamente la esperanza en estos versos:

(2) G. THIBON, Prólogo a R. GAMBRA, *El silencio de Dios*, Ed. Prensa Española, Madrid, 1968, pág. 15.

(3) Vid. A. J. BARNSTESSA, Introducción a la ed. de *La Anunciación a María* de Claudel, versión castellana, Emecé Editores, Buenos Aires, pág. 26.

(4) J. PIEPER, *Sobre la esperanza*, Patmos, 3.^a ed., 1961, pág. 39.

“¡El polvo también te pertenece, Señor,
el polvo también cantará su gloria!
¡Un golpe de escoba de tu justicia que trastorne el orden
muerto de tus polvorientos átomos,
después un rayo de tu piedad sobre el cristal humano,
y el polvo transfigurado danzará en tu sol!”.

No exageró Marcel de Corte cuando cerró el prefacio del libro *Poèmes* de Thibon con estas palabras: “Gustave Thibon es un gran poeta: se creería escuchar en él la voz profunda de los grandes trágicos griegos, divinizada por el soplo cristiano” (5). Es grato saber que quien como Thibon se dedicó apasionadamente, a través de su larga y fecunda vida, a estudios heterogéneos —la filosofía y las matemáticas, la biología y la psicología (6)— fue también poeta y sus poemas fueron un testimonio íntimo y valiente de su total entrega a Dios.

(5) M. DE CORTE, *Préface* al libro *Poèmes* de Thibon, cit., pág. 9.

(6) Resume todas esas vertientes G. TRUC, *Histoire de la littérature catholique contemporaine*, Casterman, 1961, apéndice de autores s.p.